

Interior del estadio de Limassol, donde la Guardia Nacional chipriota mantuvo prisioneros a 1.750 civiles turcos que se habían levantado en armas contra los golpistas.

Chipre, la isla de la cólera

NICOSIA ERA BIZANCIO

NICOSIA.—Era el lunes 22 de julio, poco antes de que entrara en vigor el alto el fuego en Chipre. Había pasado con tres colegas al sector turco de Nicosia por el «check point» junto al Ledra Palace, más que nada para huir de la musiquilla militar que no cesaba en el hotel y echar un vistazo al otro lado de las barricadas. Las calles estaban tan desiertas como en la Nicosia griega. El fuego era nutrido, mortero, ametralladora pesada, cañón sin retroceso y los griegos disparaban con mucha más alegría. Estuvimos con los turcos, que desde sus casamatas dominaban la «línea verde». Los soldados tenían barba de varios días y aspecto de haber dormido poco y mal. Uno de ellos leía una biografía de Kemal Ataturk, el padre de la patria. Desde que estuve en Nicosia, unos diez años atrás, se habían multiplicado los monumentos a Ataturk. Llegaba uno por el bulevar Ataturk a la calle Ataturk y se tomaba una copa en el bar Ataturk.

Los soldados estaban fatigados pero risueños, y hacían la guerra con sus armas de la OTAN (igual

que al otro lado) y nos preguntaban por la moral del ejército griego.

—Parece que ha cundido el pánico entre ellos —nos dijo un sargento turco—. Nuestra aviación los ha fulminado...

A otro, tumbado en la azotea de un colegio convertido en fortaleza, le irritaba la intensidad del fuego grecochipriota.

—Desde que empezamos no han

vían al «striffing» sobre el aeropuerto de Nicosia, y veíamos el raid y el fuego antiaéreo como en una película de la segunda guerra mundial. Por la noche, desde la terraza del hotel, veíamos cómo se iluminaba el cielo por los incendios forestales en la zona de Kyrenia. Unos días más tarde, los turcos nos llevaron a través de sus líneas, hacia el pintoresco puerto

sector turco de Nicosia les bastaría. Esta guerra de las sesenta horas demostró, entre otras cosas, que el soldado otomano, glorioso y aplaudido en Corea, ha perdido el fuego sagrado de Marte. «Es que les falta práctica», me decía un mercenario de las Naciones Unidas. «El turco es el mejor soldado del mundo, pero necesita entrenamiento. Un ejército sin guerras es un ejército echado a perder». Pensaba yo que la sociedad de consumo, que llegó también a las austeras llanuras de Ankara, acabó con la vocación guerrera de los otomanos. El belicoso soldado turco, el mismo que horas antes estaba dispuesto a tomar Chipre en veinticuatro horas (un experto del «Times» dijo que en cuarenta y ocho horas), se vio frenado en seco en las playas de Kyrenia. Al amparo del alto el fuego progresó hacia el Este, el Sur y el Oeste, y descargó en su cabeza de playa miles de toneladas de material y 30.000 soldados. «Por fin podré ir a Nicosia para bañarme», dijo con orgullo el jefe de la comunidad turcochipriota, Rauf Denktash.

Manuel Leguineche

parado de disparar. Ya ve usted que nosotros tiramos lo menos posible...

En efecto, tumbados bajo los sacos terreros los nietos de Ataturk se fumaban un pitillo de tabaco americano superlujo (como al otro lado), limpiaban con un pincel sus armas y escuchaban la radio. Sus aviones, los «Phantom» y «Skyhawk», dueños absolutos del espacio aéreo chipriota, al que llegaban después de unos minutos de vuelo desde la base de Mersin, vol-

de Kyrenia. La resistencia de los griegos y grecochipriotas (amigos y enemigos de Makarios, todos habían olvidado el golpe de la EOKA-B para luchar juntos contra el infiel) fue más dura de lo que el alto mando esperaba en Ankara. Los turcos imaginaron que con seis mil hombres, desembarcados en las playas de Kyrenia en la madrugada del día 20 y el apoyo de la artillería naval y los aviones con lanzamiento cinematográfico de paracaidistas entre los montes y el

NICOSIA ERA BIZANCIO



El pistolero Nicos Sampson afirmaba que se había alzado contra el comunismo y el peligro de guerra civil, cuando precisamente había provocado un estado de guerra civil. En la foto, el autor del golpe contra Makarios, durante una visita al hospital general de Nicosia.

Kyrenia y Lawrence Durrell

En el camino hacia Kyrenia, tapado por convoyes de refresco y los carros destruidos, los cadáveres de los griegos se descomponían al sol (más de 40 grados), y asomaban sobre los blindados y los camiones de transporte sus cabezas ensangrentadas y sus miembros mutilados por la metralla. Era un paisaje que hubiera hecho feliz a Curzio Malaparte. Pregunté a un oficial turco por qué no daban cristiana sepultura a sus enemigos. Alzó los hombros y me respondió que tenían algo más importante que hacer.

Desde luego que sí. Lo que parecía comenzar como una operación limitada para garantizar el «status» de la comunidad turca (120.000 turcos frente a 520.000 griegos) se convirtió en un desembarco en toda regla con la ocupación de más de 500 kilómetros cuadrados de territorio.

La penetración turca rompió la tarjeta postal de Kyrenia. Algunos yates aparecían hundidos y los carros de combate M-48 invadían las terrazas de los típicos cafés y las

tiendas de «souvenirs». «Los turcos quieren arruinar nuestra economía —me dijo luego un economista en Nicosia—; vivimos de turismo, recibimos 260.000 turistas al año y la cifra tiende a subir. ¿Qué pasará ahora?». Pero la invasión turca fue posterior al golpe de estado del 15 de julio, un golpe tan afortunado que derribó dos pájaros de un tiro, Nikos Sampson y el ave fénix de los coroneles.

Kyrenia, con miles de personas refugiadas en los hoteles o evacuadas por los ingleses, dejaba de ser el campo de Gibraltar de la isla con sus jubilados ingleses con la tripa al sol. Los turcos de Nicosia habían logrado su salida al mar a través de un pasillo de unos 30 kilómetros. Pensaba en la descripción sensual que de Bellapais hizo su primer turista, Lawrence Durrell, jefe de la información de los británicos durante los años duros de la EOKA. Su libro, «Bitter Lemons», es en cierto modo el libro del «melting pot» sociológico de Chipre. El café y la reunión bajo un árbol, el «Tree of Idleness», sirve a Durrell de hilo conductor para retratar a los parroquianos que allí deben, charlan o juegan a los naipes. Sobre la abadía gótica de Bellapais flota ahora la bandera roja con estrella y media luna blancas de los turcos, como demostración más clara de que la historia chipriota, con sucesivas ocupaciones, invasiones, conversión de catedrales en mezquitas, se repite y se prolonga. Los teóricos del irredentismo helénico en Chipre, el profesor Emilianides, por ejemplo,

autor de una Historia de Chipre publicada en Francia, se rasgaba las vestiduras en Nicosia ante la invasión de la media luna. Eran los mismos nostálgicos de la Enosis que pintaban en las paredes «Zito Grivas» («Niva Grivas») o «Grecia para los griegos y los cristianos», o «¡Viva el 21 de abril!», fecha en que los coroneles tomaron el poder en Atenas. Ahora, la invasión ponía patas arriba el organigrama político, porque al volver hacia el sector griego de Nicosia, los soldados turcos apostados junto a la «línea verde» (llamada así porque un general británico trazó en 1946 una línea con lápiz verde que separaba las dos comunidades de la capital), nos dijeron aquel mediodía del lunes, antes del alto el fuego, que en Grecia un golpe de estado había derribado a los coroneles. Era demasiado bonito para que Druoz, del «Sunday Times»; Graaf, de radio Lausanne; Philip, de la radio alemana, y yo nos lo creyéramos.

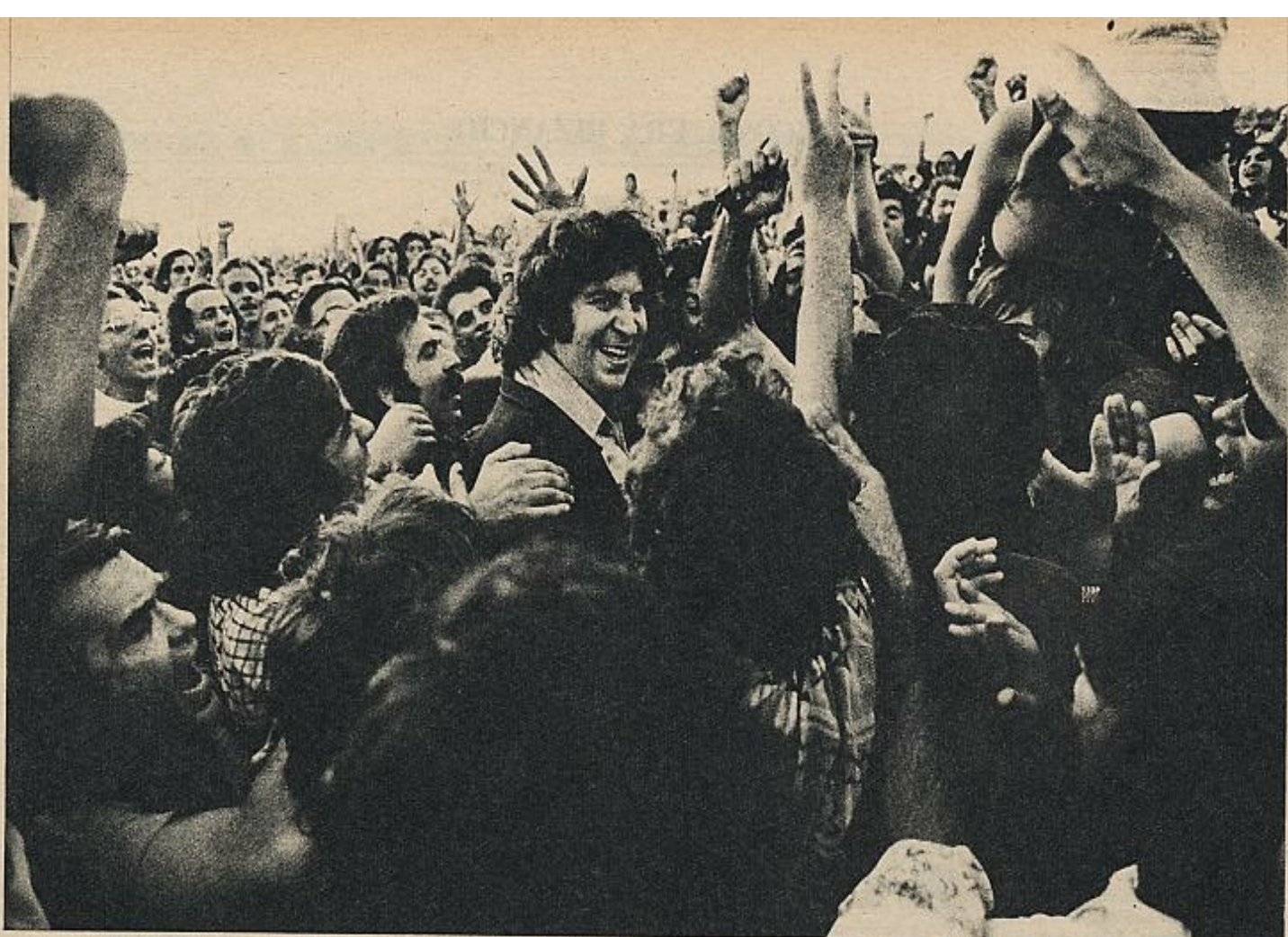
—Bah, es la intoxicación, la guerra psicológica —dijo lacónicamente Graaf.

Triste Atenas

Los soldados turcos, que como los griegos hacían la guerra con un transistor japonés al lado del peine de balas, oyaron aquel día por radio Ankara que el «putsch» había desplazado a los coroneles. Por fortuna no era un rumor. Aquella noche en el hotel, sin luz y bajo el tiroteo y los estampidos de las



El Presidente derrocado, arzobispo Makarios, durante su intervención en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde, después de tres días de negociaciones, se acordó un alto el fuego.



Millares de personas recibieron al compositor Mikis Theodorakis, uno de los muchos exiliados que han regresado a Grecia tras la caída del Régimen de los coroneles.

bombas, nos bebimos una botella de Ekto para celebrarlo. Había pasado cuatro días en la Atenas de los coroneles en espera de entrar en Nicosia con una gran depresión de ánimo. Los periódicos eran todos iguales, la gente no hablaba en los cafés, y en el barrio de Plaka, el sirtaki o el bazuki eran ficticias válvulas de escape para atraer turistas. Hablar de política significaba concertar citas clandestinas al pie de la Acrópolis para burlar a la policía política del general Ioannides, el cerebro negro del régimen. Los familiares de los detenidos políticos se negaban a hablar por temor a las represalias. Se detenía arbitrariamente a los estudiantes, y después de un «interrogatorio» se los devolvía a casa con algunas señales. La vida cultural era el reflejo del vacío ideológico del régimen de los coroneles. La censura de los periódicos era férrea, tanto, que, como ya he dicho, se parecían unos diarios a otros como almas gemelas. Las películas que se veían eran casi todas de karate y de kung-fu. El mundo editorial estaba reducido a traducciones de «best-sellers». La policía del ave fénix (símbolo de los coroneles, «la barbacoa» le llamaban los atenienses) extendía sus tentáculos sobre el país, y toda la filosofía del régimen estaba montada sobre la intimidación, el espionaje, la represión y la amenaza de la isla de Yaros. De vez en cuando, Ghizikis se refería enfáticamente al espíritu del 21 de abril, y nadie supo decirme, entre

los pocos coronelistas que visité, en qué consistía aquel espíritu. ¿Espíritu? Te respondían con argumentos de cirujano, en repetición de aquella frase, la única que pronunció el régimen aquel 21 de abril de 1967: «Grecia es un enfermo al que hay que operar». En Atenas se mascaba el odio contra los Estados Unidos, contra la Agencia Central de Inteligencia muy en especial, de la que cobraba el general Ioannides.

No había en las calles manifestaciones para recibir con alborozo el golpe de los enosistas de la Guardia Nacional. Tenía el sello de los coroneles y sus mismas sinrazones.

El pistolero Nikos Sampson reconocía que se habían alzado contra el comunismo y el peligro de la guerra civil, cuando precisamente había provocado un estado de guerra civil. El comunismo y la guerra civil fueron, asimismo, las disculpas del espíritu del 21 de abril de 1967. En los medios de la oposición me comentaban en Atenas, horas después de la caída de Makarios III, la similitud entre el golpe de los trece coroneles de 1967 y el golpe de los 650 oficiales griegos y sus 10.000 muchachos de la Guardia Nacional. Sin duda, el régimen de Ghizikis-Ioannides, con la cota de inflación del 30 por 100 anual, la más alta de Europa, y una cierta sensación de aislamiento, pensó venido el momento de anexionarse Chipre. Quizá también porque a Makarios se le llamaba el Castro del Mediterráneo, quizá porque la apertura del Canal de Suez

aumentaba el interés estratégico de Chipre, un portaaviones anclado en el Mediterráneo, o porque era necesario crear frente a Turquía una atmósfera de tensión que aliviara los problemas internos.

«Boomerang»

Se vio enseguida que Nikos Sampson hablaba el mismo lenguaje de los coroneles y venía a ser algo así como el epigono de Grivas.

—¿Grivas? Un fascista —me dijo junto a la plaza Omonia un ex periodista purgado por los coroneles—. Decían de él que sólo en la clandestinidad era grande, pero a nosotros su aventura de Chipre no nos interesaba nada. Le enviaron los coroneles en mil novecientos setenta y uno, y aquí creímos que con su muerte se había acabado la EOKA. Pero ya ve que no.

Nadie dudó un segundo en acusar al régimen de Atenas, pero todo se le volvería como un «boomerang» a raíz de la invasión turca. En Atenas, los diarios fueron muy cautos los primeros días. La radio y la televisión apenas informaron de lo que había sucedido en Nicosia. Ni una sola fotografía de Makarios. Se le dio por muerto, y sólo más tarde reconoció la prensa griega que había logrado escapar con vida. Los atenienses esperaban la llegada de los periódicos extranjeros para conocer más detalles de lo ocurrido en Chipre. Pero cuando creyeron que la situación estaba bajo el control total de

los 650 oficiales y la Guardia Nacional, los diarios oficiosos del régimen, como «Estia», por ejemplo, lanzaron sus editoriales al vuelo para hablar de una gran victoria del Dios de los griegos. «El hecho —escribía «Estia»— de que 7.000 experimentados y jóvenes soldados de la Guardia Nacional derribasen la resistencia de fuerzas superiores del Presidente con sotana y sus amigos rojos, indica hasta qué punto les hubiera sido fácil a los 14.000 soldados turcochipriotas ocupar la isla». Concluía el diario progubernamental con esta frase que justificaba con argumentos sobrenaturales la intervención de los oficiales griegos en Chipre:

«Se ha demostrado una vez más que el buen Dios de Grecia, aunque algunas veces un poco tarde, acude siempre en ayuda de los sagrados e inalienables derechos de los griegos».

En la calle, salvo algunas frases pintadas de «Makarios, traidor», nadie acogió con vitores el primer paso hacia la Enosis, la unión de Chipre a Grecia. Sin embargo, en pocos días la invasión de Turquía, la condena internacional y la imposibilidad de responder militarmente a la invasión, las contradicciones internas y la amenaza del tercer ejército de Salónica del general Ioannis Davos dejaron sin oxígeno a los coroneles. Meses antes, la tensión con Turquía, dispuesta a realizar prospecciones en su plataforma continental a muy poca distancia de las islas de soberanía griega, provocó la euforia

NICOSIA ERA BIZANCIO

de algunos oficiales que pedían la marcha de los blindados sobre Estambul. Privada de todo ejercicio de la práctica política, Atenas, entre el silencio y la impenetrabilidad de los coroneles, se había convertido en un hervidero de rumores. Algo pasaba en el país y no se sabía bien qué. Para algunos observadores, Grecia estaba a punto de quedar dividida en dos, como en 1917, cuando Salónica apoyaba a Venizelos contra los monárquicos, que controlaban Atenas. Sólo que ahora se habían cambiado las tornas, y Salónica, con el general Davos al frente del III Ejército, pedía un retorno a la normalidad constitucional e incluso el regreso del Rey Constantino. El general Davos había tenido fuertes altercados con el jefe de la policía militar, Ioannides, al menos eso se decía en abril. El «boomerang» de Chipre demostró, en efecto, que el ejército estaba dividido. El 21 de julio, doscientos cincuenta oficiales griegos del tercer cuerpo de ejército de Salónica pidieron la formación de una Junta de Salvación Nacional y el regreso de Karamanlis y Constantino. Pedía a los norteamericanos que después de siete años dejaran de apoyar «al grupo que gobierna en Atenas». Advertía a «los que hoy ejercen el poder», y añadía, «declaramos que sus actos criminales e irresponsables nos han conducido al borde de la catástrofe nacional y rozan la traición». Los doscientos cincuenta oficiales de Salónica solicitaban elecciones libres en el espacio de seis meses «para que el pueblo pueda decidir el futuro por sí mismo». Dos días después de conocerse el manifiesto de los doscientos cincuenta, el general Ghizikis marcaba el número de teléfono de Karamanlis en París. Claro que antes, Washington había marcado el número de Ghizikis en Atenas.

Siete años y siete días

Volvamos a Chipre, a los días previos a la invasión turca. Después del golpe de los oficiales griegos y la Guardia Nacional, el día 18 de julio se abrió parcialmente el tráfico aéreo con Nicosia. Cuando mi avión, un «Trident» de la Cyprus Airways, que luego sería destruido en el suelo por los bombardeos turcos, aterrizó en la capital, miles de turistas, a los que el golpe había sorprendido en Chipre, pugnaban por abandonar el país en sus vuelos «charter». Se habían refugiado en el aeropuerto, ocupado por los jovencitos de la Guardia Nacional. Nikos Sampson se dio buena prisa en borrar las huellas del golpe del 15 de julio. Taponó los impactos de las balas y cerró el acceso al palacio presidencial, incendiado. Nicosia, en toque de queda, era una ciudad agazapada y temerosa que escuchaba la música militar y los boletines de la nueva República Helénica de Chipre. Los reclutas de la Guardia Nacional rastrearán la isla en busca de

los partidarios del arzobispo, y al otro lado de las barricadas, los turcos pedían la intervención militar de Turquía. La situación no podía ser más eléctrica y explosiva. En los sótanos de la Legación de Cuba en Nicosia, el encargado de negocios, el zaragozano José Luis Galbe, me presentaba a los refugiados políticos del 15 de julio. En otras Embajadas, o en los montes de Pafos, los leales al arzobispo esperaban el momento de actuar. «El golpe ha matado de doscientas a dos mil personas; es difícil conocer la cifra siquiera aproximada, pero estos días hay teléfonos que no responden y casas cerradas», me dijo un miembro del partido comunista de Papiouannu (ex combatiente en las Brigadas Internacionales durante la guerra civil española). El partido comunista había obtenido en las últimas elecciones el 42 por 100 de los votos. Es no sólo el más sólido, sino el mejor organizado partido de la isla, de modo que las instrucciones del general Ioannides fueron terminantes: había que desarticular al partido comunista y borrarlo del mapa político de la isla. A pesar del envío de nuevos oficiales y policías a Chipre en aviones «727» de la compañía de Aristóteles Onassis, la invasión turca impidió que la represión creciera. Si los coroneles duraron siete años en el poder, Nikos Sampson duró siete días.

Sampson y el deber

La conferencia de prensa con el fugaz Presidente nos dio una idea

de la esterilidad ideológica de la nueva República de Chipre. Era, ni más ni menos, que una prolongación fantasmal de Atenas, con un Presidente cazado a lazo en los cabarets de Nicosia. Nikos Sampson, a los treinta y nueve años tiene una brillante biografía de criminal y «play-boy». Los ingleses le llamaban «Cara de niño» y el «asesino de la calle de la milla», porque su teatro de operaciones durante los años cincuenta fue la calle Ledra, donde mataba por la espalda a los soldados británicos. Iba armado, como reportero que era, de una máquina fotográfica y escondía un revólver. Primero disparaba y luego hacía la foto. La funda de su revólver tenía 24 muescas. Evitar la guerra civil y acabar con la tiranía de Makarios fueron los dos puntos de apoyo de su defensa del golpe. Las víctimas habían sido pocas, unas cuantas docenas tan sólo. Se le daba un ardite que el mundo reconociera diplomáticamente a su régimen, porque, según él, la situación constitucional no se había modificado y se apostaba a inaugurar un período de paz, concordia y de verdadera democracia en la isla. Director de un periódico de extrema derecha, «Macki» («Combate»), Sampson, el nervioso reportero de los años de la EOKA, conocía los resortes de la publicidad. Nos presentó a un grupo de prisioneros que, según dijo, había torturado el arzobispo Makarios. Pero la farsa terminó cuando un colega greco-chipriota reconoció entre los «prisioneros» a un primo suyo, sargento, ajeno por comple-

to a torturas y vejaciones. Le habían golpeado suavemente en las piernas, y el resto lo habían hecho al maquillaje y el mercurocromo. La República de Nikos Sampson sobrevivió hasta la madrugada del sábado día 20 de julio. Privada violentamente de la infraestructura administrativa de Makarios, la nueva República vivió en un caos absoluto. Hasta que a los tres días de la invasión supimos en el despacho del censor, en el hotel Hilton, que Chipre tenía nuevo Presidente: Glafkos Clerides, ex prisionero de los nazis, abogado, presidente de la Cámara de Representantes y compañero de diálogo con el jefe de la minoría turco-chipriota.

—Pero, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó un colega norteamericano al censor.

—Yo soy sólo el censor, y no un portavoz del Gobierno, sólo puedo decirles que hay nuevo Presidente.

A las pocas horas, Nikos Sampson se tomaba unas copas con nosotros en el bar Padock, del Hilton de Nicosia, rodeado de sus pistoleros, armados de porras y fusiles. Por los pasillos pululaban los ministros de su gabinete, refugiados en el hotel, pero que continuaban en sus puestos al lado de Clerides. Nicosia era Bizancio.

—Yo he cumplido con mi deber —nos dijo Sampson— al entregar la Presidencia al señor Clerides. El es un diplomático y un negociador y justamente el hombre que Chipre necesita en estos dramáticos momentos.

Apuró su último trago de whisky y desapareció rodeado de sus gorilas. ■ M. L.



Cuarenta presos políticos que habían permanecido encerrados en la tristemente famosa isla de Yaros, a su llegada a Porto Rafti, pequeña localidad situada a 40 kilómetros de Atenas.